



PACHO O'DONNELL: "TENEMOS QUE LOGRAR UN PAÍS MÁS REPUBLICANO Y DEMOCRÁTICO, PERO SOBRE TODO MÁS JUSTO"

El médico, escritor e historiador destaca el Congreso de Concepción del Uruguay de 1815 en la que las provincias del litoral, bajo el liderazgo de Artigas, declaran su vocación independentista y confederal

Entrevista de Joaquín Javier

Escritor, historiador y médico especializado en psiquiatría y psicoanálisis, Mario Pacho O'Donnell publicó novelas, cuentos de ficción y ensayos históricos. Actualmente conduce *Los caminos de Pacho O'Donnell* en Radio Nacional y el programa documental *¿Qué hubiera pasado si...?* en canal Encuentro. El año pasado, su último libro, *1815, la primera declaración de Independencia argentina*, desató la polémica poco tiempo antes de la celebración del Bicentenario del Congreso de Tucumán.

"Lo que no nos cuentan, en este Bicentenario basado en una no-verdad histórica, es que el 9 de Julio de 1816 declararon su independencia solamente la mitad de las Provincias Unidas del Río de la Plata. La otra mitad lo había hecho el 29 de junio de 1815 en Concepción del Uruguay, es decir, un año y diez

días antes. No tuvo la formalidad de la de Tucumán porque en Arroyo de la China –así se conocía por ese entonces a la ciudad entrerriana– había pocos doctores. Más bien era una convocatoria popular, con muchos criollos, guaraníes y charrúas", relata el historiador a la Revista.

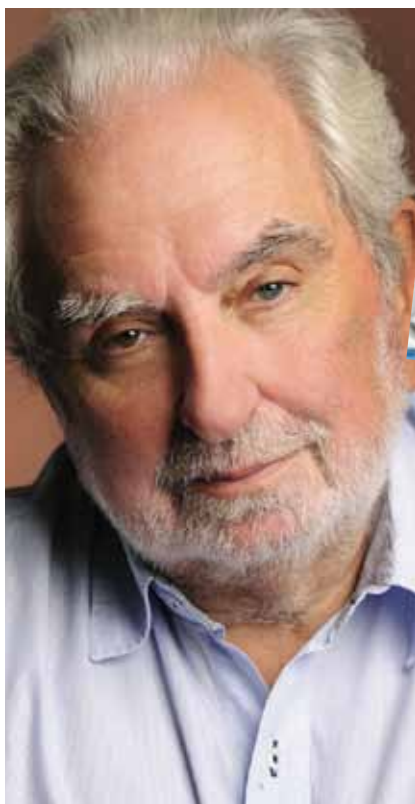
–¿Cómo fue aquella primera declaración?

–Las provincias que convoca José Gervasio Artigas en 1815 y que luego no asisten al Congreso de Tucumán son Misiones, Entre Ríos, Corrientes, Santa Fe, Córdoba (envía una delegación a los dos Congresos) y la Banda Oriental, es decir, las provincias litorales y federales que reafirmaron un año antes su vocación independentista y confederal. Esta diferencia ideológica es la razón por la cual quienes escribieron nuestra historia –los vencedores de las guerras civiles del siglo XIX, o sea, los unitarios rebautizados libe-

rales– decidieron descabelladamente omitir esta primera declaración que sancionó, por ejemplo, la primera reforma agraria de América latina, el 10 de septiembre de 1815.

En Tucumán, en cambio, no había un proyecto de organización constitucional ni uno de declaración de independencia. Algunos presionaron para que se declare, sobre todo José de San Martín, Manuel Belgrano y Martín Miguel de Güemes. En cambio, otros que eran renuentes a esta idea, alegaron que no era un buen momento. Es cierto que la situación no era buena; había vuelto al trono español Fernando VII y preparaba una gran expedición para recuperar las colonias perdidas. Por otra parte, habían fracasado todas las revoluciones americanas (Chile, Venezuela, etc.).

Cuando Artigas tomó conocimiento de la declaración de independencia en San Miguel de Tucumán, un año y diez días más tarde que la de su Congreso, escribió al director supremo Pueyrredón, el 24 de julio de 1816: "A más de un año que la Banda Oriental enarboló su estandarte tricolor y juró su independencia absoluta y respectiva".



Argentina sigue siendo profundamente centralista. Las provincias dependen absolutamente del favor o desfavor del gobierno nacional. En 1816 Buenos Aires ejercía el despotismo sobre las provincias y hoy los gobernadores se pasan más tiempo en la Casa Rosada que en sus provincias

figura que se pondría por encima de los países que fueron constituyendo la gran Colombia.

–¿Quiénes fueron las figuras claves de la Independencia?

–Yo creo que la figura más importante en cuanto a la urgencia por declarar la independencia fue José de San Martín. El general estaba organizando su ejército en Cuyo y con mucha razón enviaba mensajes diciendo que era ridículo cruzar la cordillera y enfrentarse contra el ejército español sin hacerlo en representación de una nación distinta. Un dato no menor: el presidente del Congreso de Tucumán fue Francisco Narciso de Laprida, delegado de la provincia de San Juan, en términos de política de hoy sería un hombre de San Martín.

–¿Cómo era socialmente el país de 1816, y cómo evolucionó?


–Argentina era un país en formación, sin una noción clara de Nación. El país fue evolucionando a través de la violencia, la que luego fue estableciendo cuál sería el sistema de esencia nacional: el liberalismo. Todo esto a partir de la victoria de los unitarios rebautizados liberales. Yo soy poco afecto a los gobiernos neoliberales, sé cómo terminan. La experiencia que tene-

mos los argentinos con este tipo de Gobiernos no es buena.

–¿Sigue vigente aquella Argentina centralista con sede en Buenos Aires?

–Sí, claro. Muchas provincias dependen absolutamente del favor o desfavor del gobierno nacional. En aquel momento era Buenos Aires el que ejercía el despotismo sobre las provincias y fíjate que hoy en día los gobernadores se pasan más tiempo recorriendo los pasillos de la Casa Rosada que los ministerios de sus provincias.

–¿Qué desafíos nos plantea el tercer siglo?

–Ser un país cada vez más republicano y democrático, pero sobre todo más justo. Creo que la gran deuda nacional es ese 30% de compatriotas en la pobreza y muchos de ellos en la indigencia. Eso nos debe movilizar hacia el futuro para que cada vez más argentinos se puedan incorporar a una vida satisfactoria. Sobre todo, por la amenaza que significa para el país el hecho de que el 30% de sus habitantes pueda tener sus facultades mentales y su capacidad intelectual comprometida. El hambre desnutre no sólo el cuerpo sino también el cerebro, el capital intelectual más valioso que tenemos como país. Hay que resguardar eso también. 

–¿Cómo fue la propuesta de Belgrano de una monarquía inca?

–Manuel Belgrano, en su regreso de Europa, alertó sobre la vuelta del absolutismo después de la derrota de Napoleón y mencionó que solamente se le daría crédito a la revolución de los pueblos de las Provincias Unidas si asumían la monarquía como régimen de gobierno. La propuesta de Belgrano –que apoyaron San Martín y Güemes, entre otros– fue nombrar a un príncipe inca al frente de una monarquía constitucional.

José de San Martín insiste en esta idea cuando se reúne con Simón Bolívar en Guayaquil para evitar la gran anarquía y las guerras que se habían desatado en las naciones independizadas de España, y de esta manera lograr una autoridad por encima de las peleas internas. San Martín incluso llegó a pensar en un príncipe ruso, en cambio, a Bolívar se le ocurrió una dictadura vitalicia, donde él sería la